



Una Gran Misión

Eleni Wordell

Referencias: 1 Crónicas 22:5-13; 1 Crónicas 28:9-10; 28:20; 1 Crónicas 29; Patriarcas y Profetas, págs. 746-755: Los últimos años de David.

Introducción

Queridos padres, alumnos y amigos presentes, ¡feliz sábado!

Hoy reflexionemos sobre la responsabilidad que Dios nos da como padres y educadores: preparar a nuestros hijos para esta vida y para el Reino de los Cielos.

¿Cómo podemos, como el rey David, preparar el corazón y la mente de nuestros hijos para el propósito de Dios para ellos?

Desarrollo

Dios había determinado que el rey Salomón, hijo de David, fuera el responsable de la construcción del Templo en Jerusalén, el lugar de adoración del Señor (1 Crónicas 22:9-10). David, ya en su vejez, sabía que no le correspondía construirlo, pues había sido un hombre de guerra y había derramado mucha sangre (1 Crónicas 22:7-8). Por lo tanto, dedicó los últimos años de su vida a preparar todo lo necesario para que Salomón cumpliera con éxito esta misión.



Podemos aprender al menos tres lecciones de esta historia, relacionadas con la educación de nuestros hijos:

1. Preparación para esta gran obra

David reinó 40 años (1 Reyes 2:11), y el período de preparación del templo probablemente comenzó después del año 30 de su reinado, cuando las guerras habían terminado y había paz en las fronteras (2 Samuel 7:1). Lea: 1 Crónicas 22:2-5. David reunió con antelación todos los materiales necesarios para construir el templo. Su preocupación iba más allá de la estructura física: quería asegurar que la obra de Dios se realizara de la mejor manera posible.

De la misma manera, Dios confió a los padres una misión aún más noble: edificar el carácter de sus hijos.

Veamos el Salmo 144:12, con el que David comparó el desarrollo de los niños: «Que nuestros hijos, en su juventud, crezcan como plantas frondosas; que sean nuestras hijas como columnas esculpidas para adornar un palacio». Una columna bien esculpida demuestra cuidado, tiempo y dedicación en su formación. Lo mismo debe decirse del carácter de nuestros hijos: moldeado con propósito, amor y celo. Y esta preparación comienza mucho antes del nacimiento, al elegir pareja, al futuro padre o madre. Es en esta etapa que se toman muchas decisiones importantes, con un impacto directo en la formación de las futuras generaciones.

Jóvenes solteros, ¿han pensado alguna vez en esto? ¡Qué responsabilidad! Por eso es importante orar mucho sobre esta decisión y escuchar los consejos de sus mayores, especialmente de sus padres.

¿Qué pasa con las parejas que aún no tienen hijos? Al decidir tener hijos, es importante preguntarse: ¿qué preparación buscan antes de que eso suceda? Cuando se anuncia un embarazo, los padres se preocupan de inmediato por la canastilla y la habitación del bebé. Pero ¿qué hay de la preparación para la educación del niño? ¿Han leído buenos libros? ¿Han hablado con padres con experiencia?

Este trabajo es una construcción diaria, hecha con actitudes, palabras, ejemplos, disciplina, cariño, especialmente con mucha oración y estudio de la Palabra de Dios en el culto personal y con los niños.

2. Realizar este trabajo con Amor, Perseverancia y Coherencia.

Formar el carácter de nuestros hijos y prepararlos para el Cielo no es tarea fácil. Requiere amor, dedicación, perseverancia y constancia. David no fue un padre perfecto, pero sí un padre que se arrepintió corrigió sus errores y se esforzó por dejar un legado espiritual.

En 1 Crónicas 28:9-10, David aconseja a su hijo que reconozca al Dios de su padre y le sirva con todo el corazón. Le presentó a un Dios que conocía. Esto es constancia.



La educadora Elena White escribió: «Los hijos deben ver en la vida de sus padres una estabilidad que esté de acuerdo con su fe. Viviendo una vida consecuente y ejerciendo dominio propio, los padres pueden modelar el carácter de sus hijos». (Conducción del niño pág. 455.2).

Si los hijos ven a sus padres orar, leer la Biblia y animar a participar en el culto familiar, y perciben coherencia entre lo que dicen y viven, esto tiene un poder transformador.

El amor, este precioso don que Dios concede, es la fuente que tanto necesitamos cada día en la educación de nuestros hijos. Es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, y por eso, con fe y perseverancia, debemos buscar su presencia constante en nuestras vidas (Romanos 5:5).

3. Ánimo con palabras de fe

«Sé fuerte y valiente, y ponlo por obra; no temas ni desmayes, porque el Señor Dios, mi Dios, estará contigo; no te dejará ni te desampará». 1 Crónicas 28:20

En 1 Crónicas 28:20, David le dijo a Salomón: «¡Esfuézate y anímate, y ponte a trabajar! No temas ni te desanimes, porque el Señor Dios, mi Dios, estará contigo. No te dejará ni te abandonará hasta que termine toda la obra para el servicio del templo del Señor».

David no solo le encomendó tareas a Salomón, sino que también lo animó emocionalmente. Nuestros hijos también enfrentan desafíos: en la escuela, en su vida espiritual, al tomar decisiones. Necesitan palabras de aliento, valentía y fe. Necesitan saber que no están solos, que Dios está con ellos y que nosotros, como padres, confiamos en ellos, con la ayuda de Dios.

Además de las palabras, los niños necesitan pasar tiempo de calidad con sus padres. Jugar juntos, cocinar en familia, pasear por la naturaleza, hacer pequeñas tareas del hogar: todo esto crea una conexión emocional.

Cuando llegue el momento de dar un consejo o una palabra de fe, el corazón del niño estará abierto porque se siente amado y escuchado.

4. Involucrar a la comunidad

David llamó al pueblo a participar en esta misión (1 Crónicas 22:17-19). Como padres, tampoco estamos solos. Contamos con la iglesia y la escuela como colaboradores en la educación espiritual de nuestros hijos.

Las clases de la Escuela Sabática, el Club de Aventureros y Conquistadores, y otras actividades fortalecen la fe de los niños. Las escuelas adventistas ofrecen un ambiente seguro con profesores cristianos que enseñan a los niños a amar a Dios, valorar la Biblia y desarrollar valores cristianos.



Felicitaciones a los padres que eligieron la educación adventista, muchas veces con sacrificio, porque saben lo importante que es en los tiempos que vivimos.

Una educación que ofrece una formación integral que va más allá de la enseñanza académica. El estudiante recibe apoyo en su desarrollo físico, mental, social y espiritual, basado en principios cristianos. El ambiente escolar es más seguro, la disciplina es más estricta y, a la vez, acogedor, centrado en la formación de valores.

Además, la Biblia se utiliza como fuente de orientación en todas las áreas del conocimiento, proporcionando una educación con propósito y significado. Mientras que las escuelas públicas y privadas suelen priorizar únicamente el rendimiento académico, las escuelas adventistas valoran la formación del carácter y la preparación para la vida y la eternidad. El compromiso de los docentes con una educación que refleje el ejemplo de Jesucristo convierte a las escuelas adventistas en una opción única y transformadora.

(Relate experiencias de vidas transformadas y mostrar en PowerPoint o videos actividades solidarias, espirituales y misionales {Instituto de Misión} que el colegio promovió que aportan a la formación y a los valores).

Conclusión

Padres, seamos como David: preparemos a nuestros hijos con planificación, oración, guía espiritual, palabras de aliento, tiempo de calidad y apoyo de la iglesia y la escuela.

En 1 Crónicas 29:1-5, David presenta a su hijo como el elegido de Dios para construir el Templo, diciendo que era inexperto y necesitaba el apoyo de todos. El pueblo respondió con generosidad.

De igual manera, Dios da a los padres la responsabilidad de formar el carácter de sus hijos. Es una obra sagrada, con valor eterno.

Si Dios nos hablara hoy podría decir:

Queridos padres, la tarea que pongo en sus manos es grande y sagrada. Forjar el carácter de sus hijos no es una mera construcción terrenal, sino una obra para la eternidad. Aunque sean inexpertos, o aunque se sientan pequeños ante esta gran responsabilidad, los he elegido para reflejar mi gloria. Preparen el terreno del corazón de sus hijos con amor, disciplina, oración y la enseñanza de mi Palabra. De todo lo que tengan —tiempo, energía, habilidades—, den generosamente a esta obra.

Llamado:

¿Quién quiere hoy consagrarse a Dios para realizar esta misión con fidelidad y amor?

